



JUAN DAL MASO

IDEOLOGIA Y POLITICA DE LOS INTENTOS DE RELEGITIMACION ESTATAL

Debates sobre los años '70 a treinta años del golpe militar

PRESENTACION

El gobierno de Kirchner ha hecho de la política de DD.HH. una bandera de su gestión, lo cual permitió lograr la cooptación de organismos de larga tradición como Abuelas y Madres de Plaza de Mayo. Esto lo ha hecho a partir de la revisión de la teoría de los dos demonios¹. Desde la óptica del kirchnerismo, la teoría de los dos demonios intenta igualar peras con manzanas, poniendo al mismo nivel la violencia organizada desde el estado, que goza del monopolio de la fuerza, con la acción

¹ La teoría de los dos demonios, postulada por Ernesto Sábato en el prólogo de *Nunca Más*, fue la base del relato con que la nueva democracia argentina restaurada buscaba dar un cierre a la “cuestión de los ‘70”, instalando un balance y una lectura sobre esos años que partía de asimilar toda idea de revolución con el terror y por esa vía equiparar los “demonios” de la “extrema derecha” y la “extrema izquierda”, para negar la existencia de un proceso de lucha de clases. En este registro, la necesidad de reprimir a la “subversión” se daba por supuesta y contra el terrorismo de Estado se reivindicaba como el modelo a seguir, la democracia burguesa italiana, que había reprimido a las Brigadas Rojas con la ley en la mano, realizando acciones profundamente democráticas como fraguar un juicio contra Toni Negri y encerrar en jaulas a los militantes de las Brigadas Rojas en Rebbibia. La sanción de las leyes de Obediencia Debida y el Punto Final primero, y el decreto de los Indultos después, garantizarían la impunidad para los responsables materiales e intelectuales del terrorismo de Estado. De esta forma, la persistencia de la impunidad actuaría como un importante factor de deslegitimación para toda tentativa de reconciliación que partiera de equiparar el terrorismo de Estado con la llamada “violencia terrorista”. A este desprestigio contribuyó sin duda, junto con los hechos antes citados, un fuerte y sostenido movimiento democrático que se vino expresando a lo largo de los años, no sólo en la lucha contra la impunidad de los genocidas, sino también contra el gatillo fácil y la persecución a los luchadores obreros y populares.

de “individuos particulares”. Este posicionamiento, se acompaña con una vaga reivindicación de la militancia de los ‘70 que, desde el punto de vista de las ideas de esos años, es completamente lavada y presentada a la medida del “progresismo” edulcorado, pero desde el punto de vista de los relatos contruidos previamente desde el Estado y en la percepción de las grandes masas, constituye un “giro a la izquierda”.

Esta política busca responder a la necesidad de recomponer la dominación burguesa, en un contexto de crisis institucional de la misma. Después de la crisis del 2001 sólo podía reconstruirse la autoridad estatal planteando un “cambio de paradigma” discursivo que expropiara las principales demandas populares, “realizando” en forma completamente distorsionada y por arriba, es decir en clave burguesa, lo que no había podido imponerse desde abajo. En otras palabras, la teoría de los dos demonios no podía ser la base de un nuevo “consenso democrático” que las grandes masas, en especial los sectores de las capas medias que habían perdido toda referencia política por la crisis de la Alianza, pudieran sostener activamente. En este contexto surgió el denominado “setentismo” oficial.

Pero la polémica abierta a partir de la masiva movilización del 24 de Marzo puso de relieve los alcances y objetivos políticos del “setentismo” del gobierno. Para lograr el objetivo de recomponer la autoridad estatal y dotar a la democracia burguesa argentina de mayor estabilidad, el gobierno ha desplegado una serie de medidas políticas y simbólicas. Las principales líneas de acción gubernamental en el terreno de los DD.HH. pasan por:

- una política de cooptación de los organismos de DD.HH. para expropiar la movilización popular;

- una política de reconfiguración parcial de las FF.AA., separando las nuevas generaciones militares de aquellas comprometidas con el terrorismo de Estado, para prestigiarlas frente a la sociedad (esto se inscribe en el contexto de otras medidas como la liquidación de la Corte Suprema menemista, tendientes a prestigiar las instituciones);

- una tajante separación entre la “memoria, verdad y justicia” hacia el pasado y el recurso a la represión (utilizando especialmente la Gendarmería) y las violaciones a los DD.HH. en la actualidad, allí donde las luchas obreras y populares adquieren características más radicalizadas como en Las Heras;

- la denuncia del terrorismo de Estado practicado por las FF.AA. va acompañada de la exculpación de los principales grupos económicos capitalistas que promovieron y se beneficiaron con el golpe del ‘76, los cuales en la actualidad hacen grandes negocios con el “capitalismo nacional”.

El discurso que une todas estas aristas se caracteriza por una reivindicación de los años ‘70, que toma distancia de la teoría de los dos demonios, pero presenta esa década completamente vaciada de contenido revolucionario, el cual es reemplazado por apelaciones a la “democracia y los derechos humanos” mientras se garantizan los negocios de los grandes empresarios que promovieron el golpe. Esta reivindicación de la militancia juega el papel de dotar de legitimidad al elenco gubernamental para mejor encarar las tareas de recomposición del régimen político.

Junto con un análisis y polémica en torno a estas cuestiones, damos cuenta en este artículo de los posicionamientos de distintos sectores de intelectuales provenientes de la militancia de los ‘60 y ‘70, ubicados claramente a la derecha de la política gubernamental, en el caso de Beatriz Sarlo desde una posición liberal-institucionalista que comparte con el discurso del gobierno la centralidad del Estado en la construcción de

un relato sobre los '70 y, en el de Oscar del Barco, desde una óptica teológico-metafísica que persigue la estigmatización de la militancia de esos años a partir de una condena de toda violencia más allá de sus alcances, carácter de clase y objetivos históricos, posicionamientos que constituyen la culminación de un lamentable derrotero de conversión a los valores de la clase dominante.

I. EL “SETENTISMO” GUBERNAMENTAL COMO RESPUESTA A LA CRISIS DEL ESTADO

INTENTOS DE RELEGITIMACION INSTITUCIONAL

La teoría marxista sostiene que el Estado en última instancia se sostiene en bandas de hombres armados. Esto quiere decir que las FF.AA. y de seguridad son el fundamento último del Estado burgués. Por este motivo, represtigiar a las fuerzas armadas y de seguridad sería para la burguesía un paso importante (aunque no exento de dificultades) para que los trabajadores y el pueblo identifiquen, en un contexto de mayor recomposición de la autoridad política del estado y a través de mediaciones políticas más sólidas que las actuales (tarea que el gobierno viene encarando en el corto y mediano plazo), su interés con el interés del Estado y por esa vía con el de la misma clase burguesa que promovió el golpe del '76.

La política de los anteriores gobiernos frente a la impunidad de los genocidas se basaba en el intento de reconciliar a la sociedad civil con las FF.AA., dejando intacta la estructura de cuadros de las mismas unidas al terrorismo de Estado por lazos directos². Con el kirchnerismo, la democracia burguesa argentina acusa el recibo de la imposibilidad y el fracaso de dichas políticas³ proponiéndose una reorganización parcial de las fuerzas de seguridad, que combina el cambio de cúpulas, el retiro “natural” (algún día tienen que jubilarse) de los viejos elementos y un discurso “garantista” que busca separar las nuevas generaciones de militares de aquellas comprometidas directamente con la represión⁴. Esta política apunta a cambiar la percepción que la “opinión pública” tiene de las FF.AA. y se inscribe en una serie de medidas como la anulación de las leyes de Obediencia Debida y Punto Final,

² Según la Ministra de Defensa Garré en declaraciones al diario *Clarín* del 10/04/06: “Afortunadamente estamos frente a otras FF. AA. debe quedar como un 5% que tuvo algún grado de contemporaneidad con el proceso militar. En dos o tres años más, el mecanismo de retiro va a hacer desaparecer todo vestigio de los que hayan convivido con el Proceso. Esta es gente que ha hecho su autocrítica, sus comandantes han hecho en nombre de sus oficiales y soldados autocríticas”.

³ Según la secretaría de DD.HH., “El Gobierno actual ha comprendido que las demandas sociales que poblaron las calles luego de la crisis del 2001 exigían grandes transformaciones de las instituciones y las prácticas políticas. Por eso el debate actual sobre la lucha contra la impunidad, por la verdad, la justicia y la reparación, no encara una problemática centrada en una mera revisión del pasado. Aborda cuestiones de importancia capital para el presente y el futuro del país. Está planteada la recuperación de las aspiraciones hacia un Estado gobernado por la ley y no por la arbitrariedad, un Estado capaz de erradicar la impunidad y su cortejo de efectos perversos, de los cuales uno inmediato y no menor es la pérdida de legitimidad de la persecución penal del delito común, en la medida en que los crímenes de lesa humanidad cometidos a través del aparato del Estado continúan impunes” (www.derhuman.jus.gov.ar).

⁴ Esto incluye a su vez reciclar ciertos elementos colaboracionistas, no sólo militares sino también de la política burguesa y la burocracia sindical —no olvidemos el rol del PJ en la organización previa de la Triple A y las firmas de Ruckauf y Luder en el decreto de aniquilación de la “subversión”.

el proyecto del Museo de la Memoria en la ESMA, la declaración del 24 de Marzo como feriado nacional inamovible y por último, las declaraciones acerca de un pretendido impulso para que la Corte Suprema declare la inconstitucionalidad de los Indultos, persiguen en un sentido amplio los mismos objetivos de recomposición institucional.

Esto está lejos de ser un invento de la “izquierda siniestra”. Efectivamente, en la óptica del gobierno, las concesiones parciales a las masas que rechazan la impunidad (expropiando, claro está, la movilización popular) se presenta como una vía para reconciliar al pueblo con las desprestigiadas instituciones del Estado y así recomponer su legitimidad. Kirchner lo expresó con toda claridad en su discurso del 24 de Marzo en el Colegio Militar de la Nación: “Queremos sentirnos orgullosos de que todos los uniformes de los soldados de la Patria sean respetados en su prestigio y vistos con alegría y no con temor, como ese temor que tuvimos hace treinta años, queridos hermanos de las Fuerzas Armadas, que veíamos un uniforme y creíamos que se nos terminaba la vida”.

Toda crisis de autoridad de la clase dirigente se expresa en que las grandes masas, a partir de la intervención activa de sus sectores más concientes, dejan de percibir al Estado como “su” Estado, empezando por los partidos políticos en que se referenciaban antes de la crisis. En la actualidad el gobierno viene impulsando un proceso de “recomposición institucional”, para el cual la reactivación económica genera un terreno estable, pero no todo lo armónico que hace falta para cerrar definitivamente los elementos de crisis orgánica surgidos en el 2001.

El “saneamiento” de la relación entre los trabajadores y el pueblo y las FF. AA., cuyos uniformes seguirán siendo vistos con temor y no con alegría por un período prolongado de tiempo, jugaría el papel de dotar a la democracia burguesa argentina de una base de sustentación mayor.

Unas FF.AA. parcialmente renovadas, sin destacados represores en lugares de gran exposición, contribuirían en el largo plazo para dotar al poder burgués de un brazo armado prestigiado en caso de necesidad de represión con un grado de consenso mínimo frente a procesos de radicalización y acciones callejeras insurreccionales o semi-insurreccionales; mientras, en lo inmediato, el gobierno busca generar la idea de que con la democracia burguesa no se come, se cura y se educa pero por lo menos se resuelven algunos problemas pendientes muy sentidos para las masas, en este caso el de la impunidad de los genocidas, y de esta forma contrapesar un tanto la idea reformista muy extendida de que al gobierno todavía “le falta” para avanzar en la “redistribución de la riqueza”, mientras el gobierno “redistribuye” para Repsol y Techint.

COOPTACION Y ESTADOLATRIA

Para legitimar esta política y a la vez ampliar su base de sustentación en las capas medias, el gobierno ha tenido especial atención en desarrollar una política de cooptación de los principales organismos de DD.HH., logrando la pleitesía de los más moderados hasta los otrora combativos como las Madres de Plaza de Mayo de Hebe de Bonafini, quien en una “Carta a mis hijos” sostiene lo siguiente: “Hace calor, pero está soplando un viento fresco. Es el viento fresco que sopla desde el Gobierno. Y están también esas oleadas que a veces, como hoy, nos hacen sentir mucho calor, que es como el hambre y la desocupación que quemán. Hijos queridos, cada paso que damos lo pensamos mucho, muchos compañeros modifican sus críticas cuando nos escuchan. Ustedes no hubieran soñado nunca con la decisión de la Ministra de Defensa Nilda Garré que está cambiando los planes de estudio del

Ejército y revisa con mucha atención los currículums de cada militar que está por ser nombrado o ascendido. Toda la política de Derechos Humanos está impecable. El pago de la deuda externa, esa culpable de tanta sangre, nos independiza del FMI. Nosotras escuchamos las explicaciones del Presidente y aceptamos, pero le pedimos al Gobierno distribución de la riqueza ¡YA!”.

Con estos fundamentos, la Asociación Madres de Plaza de Mayo decidió realizar por última vez la Marcha de la Resistencia, declarando que “el enemigo ya no está en la Casa de Gobierno” y que “Esta es la revolución, esto es el socialismo; viva Fidel, viva Chávez, viva Lula, viva Evo Morales, **Viva Kirchner** [yo subrayo, JDM], viva Tabaré”⁵. Declaraciones que serían pintorescas si no fueran lamentables.

Aquellos que se enamoran del gobierno por su ubicación “por izquierda” de la teoría de los dos demonios, esconden justamente que el objetivo que persigue tiene un carácter profundamente reaccionario: dar un cierre a la lucha contra la impunidad y transformarla en una cuestión de “memoria” hacia el pasado para prestigiar el presente de la política gubernamental. La perfecta expresión de esta política de expropiación es la transformación del 24 de marzo en un día feriado, intentando liquidar su carácter de lucha contra la impunidad de ayer y hoy.

Esta política de cooptación pegó un salto con la polémica desatada a partir de la marcha del 24 de Marzo, que, a pesar del feriado, el gobierno no logró transformar en un acto oficialista, en la cual organismos como las dos líneas de Madres y las Abuelas salieron a polemizar públicamente contra las más de 300 organizaciones que participaron de la histórica y masiva movilización y el acto posterior, porque el documento acordado para el mismo, junto con el reclamo de cárcel común y efectiva para los genocidas, denunciaba la política económica del gobierno, la represión en Las Heras, la participación de las tropas argentinas en Haití. Aquí lamentablemente, Madres y Abuelas, cooptadas por el gobierno, jugaron el triste papel de hacer de punta de lanza del mismo para empañar el hecho masivo de la marcha y para intentar esconder las acciones represivas y antipopulares del gobierno al que lamentablemente se subordinan políticamente, aunque tuvieron que tomar distancia del ataque gubernamental contra la “izquierda siniestra”.

La vieja idea estadólatra del cambio desde arriba, asimilable tanto al peronismo como al liberalismo institucionalista, se revitaliza aquí por la vía de transformar al Estado en interpretador de la historia y realizador de las demandas populares, lo cual trae aparejados los comportamientos transformistas correspondientes de intelectuales y politiqueros de la pequenoburguesía, quienes, a decir verdad, han vendido su complacencia a un precio tan módico como vil.

REVISION DEL PASADO, DESPOLITIZACION DE LOS AÑOS '70 Y POLITICAS NOVENTISTAS

Así como el gobierno se presenta a sí mismo como la realización de las demandas de diciembre del 2001, también a través de su política de DD.HH. se postula como continuador de los ideales de la generación de los '70 mientras garantiza grandes negocios para los empresarios que promovieron el golpe del '76⁶.

Mientras en la década del '70 se luchaba por la derrota del imperialismo, el gobierno de Kirchner lucha por la soberanía económica... pagando por adelantado

⁵ Gloria Pagés, “Hebe de Bonafini abandonó la resistencia”, *La Verdad Obrera* N° 180, 09/02/06.

⁶ Entre otras, Techint, Repsol, Aluar, Acindar, Ledesma, Cargill, las grandes automotrices, etc. .

la deuda con el FMI y “enfrenta” al imperialismo enviando a Haití las tropas que hacen de retaguardia para el esfuerzo de guerra norteamericano. Mientras en los años setenta, miles de jóvenes y trabajadores luchaban por un horizonte de revolución social e incluso la JP, cuya dirección defendía conscientemente una estrategia de colaboración de clases, hablaba de la patria socialista, el gobierno levanta orgullosamente la bandera del “capitalismo nacional” y lleva adelante un operativo represivo que no tiene nada que envidiar a los de la dictadura en la localidad de Las Heras⁷, donde la gendarmería y los grupos especiales de la policía intervienen directamente para garantizar el orden en las plantas petroleras, allanan las casas de los delegados obreros y los someten a interrogatorios con golpes, vejaciones y torturas.

El “setentismo” del gobierno, que se termina donde empiezan los negocios de las multinacionales y la burguesía local transnacionalizada, se constituye en este contexto como una serie de fragmentos discursivos tendientes a ganar base entre los organismos de DD.HH. y los sectores “progresistas” de las capas medias, pero su principal contenido consiste en separar la imagen de los ‘70 de toda idea de lucha de clases (que era lo que sucedía) y de todo proyecto de revolución social (que era lo que se discutía) para suplantarlas por vagas apelaciones a una “Patria diferente”, “un país mejor”⁸, etc., más propias de la centroizquierda de los años ‘90 que de la militancia de los ‘70.

Por eso no es casual el ataque gubernamental contra la “izquierda sinistral”: el gobierno de Kirchner solamente puede hablar de los años ‘70 sobre la base de tergiversar su contenido revolucionario y de hacer una separación estanca entre pasado y presente en la cual el pasado “idealista” de la militancia por “un país mejor” justifica teleológicamente el presente “materialista” de la recomposición del régimen burgués y las ganancias capitalistas.

Sucede que los aspectos más “setentistas” del discurso gubernamental están en abierta contradicción con su política efectiva. Reivindica la militancia setentista pero se vale de dos de los principales elementos que la dictadura preservó: el Partido Justicialista y la burocracia sindical, ambos activos impulsores de la Triple A, generosos intendentes de la dictadura militar (junto con los radicales y otros partidos patronales) y colaboracionistas en las fábricas. Se apoya en el peronismo para consolidar su poder político y recomponer la normalidad estatal y en la burocracia sindical para limitar los reclamos de los trabajadores por salarios y condiciones de vida, poniendo como tope a los aumentos salariales un miserable 19% (en muchos casos, como en el de los trabajadores estatales, otorgándolos en cuotas). De esta forma, al setentismo discursivo se unen importantes componentes “noventistas” en la política.

II. LECTURAS DEL PASADO Y METAFISICA DE LA CONVERSION

Hemos señalado la existencia de una contradicción evidente entre el discurso y la política gubernamental. Esta contradicción efectiva se expresa a su vez en los límites del discurso “setentista” del kirchnerismo. El gobierno puede tomar distancia de la

⁷ El día 16/03/06, después de la renuncia del gobernador de Santa Cruz, Sergio Acevedo, Kirchner hizo declaraciones públicas desligándose de los “abusos” de las fuerzas de seguridad en Las Heras. Una vez más aquí se ve en qué consiste el “setentismo” del gobierno: dejar actuar a la Gendarmería y los grupos de élite contra los obreros, para luego hacer que otros paguen el costo político. Matar dos pájaros de un tiro, que le dicen.

⁸ Ver “Palabras del Presidente de la Nación, doctor Néstor Kirchner, en el acto de firma del convenio de la creación del Museo de la Memoria y para la promoción y defensa de los Derechos Humanos. 24/03/04” en www.derhuman.jus.gov.ar.

teoría de los dos demonios, pero no puede reivindicar la violencia de los explotados que tuvo lugar en los años '70 porque su reivindicación del "setentismo" se basa en anular toda forma de rebelión obrera y popular que salga de los marcos de la democracia burguesa. De forma tal que el discurso gubernamental ha dado impulso a la discusión sobre el rol de la violencia política entre los intelectuales argentinos, deseos de dar un cierre reaccionario al balance sobre sus años de juventud.

En la segunda parte de este artículo tomaremos los posicionamientos de Beatriz Sarlo y Oscar del Barco, los cuales, no obstante importantes diferencias de forma y contenido, están ubicados claramente a la derecha de la posición oficial, a la vez que abordan el problema de la violencia política para recomponer una visión tributaria de la teoría de los dos demonios, en el caso de Sarlo, y una más a la derecha aún en el del Barco. De esta forma, el balance que ambos trazan sobre los '70 es de por sí una indicación de su lamentable derrotero que culmina en la actual decadencia intelectual.

BEATRIZ SARLO: LA OBJETIVIDAD DEL ESTADO CONTRA EL RELATO EN PRIMERA PERSONA

Desde antes del 24 de Marzo del 2004, Sarlo viene sosteniendo sistemáticamente que abandonar la teoría de los dos demonios por una visión que reivindica, aunque sea muy edulcoradamente, a la generación de los '70 o por lo menos no la califica de "terrorista", no puede dotar al Estado de una base estable para el "consenso democrático".

En *Tiempo Pasado*, Sarlo aborda esta problemática, ligándola a la evolución de las ciencias sociales durante los últimos veinte años. Sarlo sostiene que junto con el consabido "giro lingüístico" se dio un "giro subjetivo" del cual forman parte los relatos en primera persona a partir de los cuales surgen reconstrucciones de lo sucedido en los '60 y '70.

Para la autora, a pesar de la importancia que tuvieron los testimonios directos para reconstruir el accionar de la dictadura militar, el relato en primera persona es insuficiente para construir una historiografía que abarque el conjunto de los años '60 y '70 en América Latina. Y así como el punto de vista del historiador y del cientista social no puede ser el de la primera persona del testimonio directo, el punto de vista del Estado no puede ser el mismo que el de los organismos de derechos humanos.

Por un lado, Sarlo critica con cínica lucidez que el relato construido por la mayoría de los organismos, del cual se ha apropiado el gobierno actual, deja en segundo plano la discusión sobre los distintos proyectos políticos de la generación de los '70 y los hechos previos al 24 de Marzo del '76, para centrarse en la represión ilegal posterior al golpe, despolitizando la imagen de los '60 y '70, e incluso proyectando ideas propias del período posterior al '83 a los años setenta: "La idea de derechos humanos no existía en las décadas de los '60 y '70 dentro de los movimientos revolucionarios. Y si es imposible (e indeseable) extirparla del presente, tampoco es posible proyectarla intacta hacia el pasado"⁹.

Para Sarlo, comprometida hasta las uñas con la defensa de la democracia burguesa, es importante no perder de vista el sesgo "autoritario" (vale decir revolucionario) de los proyectos setentistas que el discurso del gobierno diluye y del cual es fundamental delimitarse para toda tentativa de reconstrucción de la autoridad estatal.

Tenemos así una segunda variante, aunque más a la derecha, de estadolatría: mientras los defensores del gobierno postulan al Estado como realizador de las

⁹B. Sarlo, *Tiempo Pasado*, op. cit. p. 82.

demandas populares, Sarlo lo presenta como el portador de una falsa objetividad: la de la neutralidad institucional que se delimita de toda forma de “autoritarismo”. De esta manera, sin reivindicar directamente la teoría de los dos demonios, se ubica en las coordenadas trazadas por ésta. De tanto escribir en *Viva*, Sarlo ha terminado por mimetizarse con sus más groseros lectores.

LA DECADENCIA POLITICA E INTELECTUAL DE OSCAR DEL BARCO Y SUS AMIGOS

La carta publicada por Oscar del Barco en la revista *La Intemperie*¹⁰ de Córdoba, a propósito de un reportaje a Héctor Juvé sobre la experiencia del EGP, donde éste narra el fusilamiento de dos de sus militantes, ha sido el disparador de un largo debate sobre los '70 en distintas publicaciones. Además de del Barco han intervenido Ferrer, Schmucler, Tatián, Grüner, Abraham, Casullo y Kaufman entre otros.

Evitaremos al lector la fatigosa tarea de seguir en todos sus detalles y alternativas catastróficas este curioso intercambio de cartas. Prestaremos atención a las intervenciones de del Barco y Schmucler, porque ambos presentan, cubierto con el manto de una autocrítica, un ataque en regla a toda idea de revolución e incluso a toda idea de una acción emancipatoria de los oprimidos que, para efectivizarse, no puede más que chocar con la resistencia de los opresores.

Así, el balance político, programático y estratégico de una experiencia como la del EGP, que incluiría entre otras cosas discutir el fracaso del proyecto foquista de dicha formación político-militar, es remplazado por un proceso de abstracciones donde terminan equiparadas distintas formas de violencia en una violencia general indeterminada: “Más allá de todo y de todos, incluso hasta de un posible dios, hay el *no matarás*. Frente a una sociedad que asesina a millones de seres humanos mediante guerras, genocidios, hambrunas, enfermedades y toda clase de suplicios, en el fondo de cada uno se oye débil o imperioso el *no matarás*. Un mandato que no puede fundarse o explicarse, y que sin embargo está aquí, en mí y en todos, como presencia sin presencia, como fuerza sin fuerza, como ser sin ser. No un mandato que viene de afuera, desde otra parte, sino que constituye nuestra inconcebible e inaudita inmanencia”.

Hasta aquí Oscar del Barco, que primero fue stalinista, rompió con el PCA formando parte de la experiencia de *Pasado y Presente*, simpatizó con el EGP, después con los Montoneros, y ahora con Schelling, Heidegger y... ¿Dios?

Su diatriba termina en una lamentable aceptación de la teoría de los dos demonios: “En este sentido podría reconsiderarse la llamada teoría de los ‘dos demonios’, si por ‘demonio’ entendemos al que mata, al que tortura, al que hace sufrir intencionalmente. Si no existen ‘buenos’ que sí pueden asesinar y ‘malos’ que no pueden asesinar, ¿en qué se funda el presunto ‘derecho’ a matar? ¿Qué diferencia hay entre Santucho, Firmenich, Quieto y Galimberti, por una parte, y Menéndez, Videla o Massera, por la otra? Si uno mata el otro también mata [...] Más aún. Creo que parte del fracaso de los movimientos ‘revolucionarios’ que produjeron cientos de millones de muertos en Rusia, Rumania, Yugoslavia, China, Corea, Cuba, etc., se debió principalmente al crimen. Los llamados revolucionarios se convirtieron en asesinos seriales, desde Lenin, Trotsky, Stalin y Mao, hasta Fidel Castro y Ernesto Guevara”.

Aquí, a lo lamentable se une lo bizarro: Trotsky se equipara a Stalin, Santucho a Videla, y todo aquél que haya dirigido una revolución se equipara al “loco de la

¹⁰ En adelante, salvo cuando se indique, todas las citas son de esta revista en su edición electrónica, www.revistalaintemperie.com.ar.

ruta". Para del Barco, las revoluciones no son procesos sociales y de masas sino resultado de las decisiones de algunos casos psiquiátricos. ¿Para decir estas cosas se la pasó del Barco estudiando toda la vida? ¿Pobre y desnuda vas, filosofía!

El procedimiento de del Barco consiste en diluir la violencia revolucionaria en una idea general de violencia que coincide con la criminalidad. Aquí se aplica una vez más aquello de que "gris es la teoría pero verde el árbol de la vida".

Los marxistas defendemos el punto de vista de la clase obrera y de las generaciones precedentes de esclavos insurrectos, por eso en primer lugar diferenciamos la violencia de los explotadores de la de los explotados. Aunque disintimos con la estrategia y el programa de las organizaciones guerrilleras, lo hacemos no desde la condena reaccionaria de todo tipo de violencia, sino desde una concepción que reivindica como ineludible la violencia de los explotados contra el Estado de los explotadores desde el punto de vista de la auto-organización de la clase obrera por su liberación¹¹.

Esto no quiere decir que excluyamos de nuestro análisis cuáles son las mejores formas con que la clase obrera debe afrontar la resistencia efectiva a la violencia de los explotadores y en qué fases la lucha armada juega un papel relevante, ligada a la auto-organización de los trabajadores. Por ejemplo, la violencia ejercida por obreros y estudiantes en el Cordobazo fue parte de una acción colectiva de la clase obrera que perseguía la defensa de los derechos obreros y el enfrentamiento a la dictadura de Onganía, a la que hirió de muerte. Los fusilamientos del EGP constituyen trágicas decisiones de una pequeña organización político-militar, de características profundamente artesanales, con una estrategia que la aislaba de la clase obrera y de todo movimiento de masas. Los trotskistas somos partidarios del primer ejemplo y no del segundo. Pero comparar un hecho lamentable como el fusilamiento de dos efectivos por parte de una pequeña organización revolucionaria (aunque su estrategia fuera equivocada desde nuestro punto de vista) acosada por la Gendarmería, con la violencia contrarrevolucionaria, sistemática y planificada de la dictadura militar que perseguía el objetivo de liquidar a la vanguardia obrera y popular y la entrega de los principales resortes de la economía nacional al imperialismo, solo puede servir para justificar en los hechos la violencia de los explotadores. Solamente alguien que se ha pasado abiertamente al campo de la reacción puede equiparar los aberrantes crímenes de la dictadura militar con la violencia ejercida por la clase obrera y los sectores populares, incluidas las organizaciones guerrilleras, contra los explotadores y su Estado.

El lector atento podrá sorprenderse de que tengamos que discutir cuestiones tan elementales. Justamente en eso reside el carácter reaccionario y decadente de del Barco: condena la violencia para condenar toda idea de emancipación colectiva que busque constituirse como una realidad activa y operante. Para lograr hacerse real, todo proyecto de emancipación de los explotados debe vencer la resistencia de las clases privilegiadas. Por eso la historia ha dado infinidad de rebeliones, revueltas y revoluciones desde Espartaco

¹¹ "Nuestra crítica a la guerrilla no es por recurrir a la violencia para terminar con la explotación capitalista. Estamos con Lenin cuando sostiene que 'la sustitución del Estado burgués por el Estado proletario es imposible sin una revolución violenta'; o con Marx cuando en el Manifiesto Comunista afirma que '...Al esbozar las fases más generales del desarrollo del proletariado, hemos seguido el curso de la guerra civil más o menos oculta que se desarrolla en el seno de la sociedad existente, hasta el momento en que se transforma en una revolución abierta, y el proletariado, derrocando por la violencia a la burguesía, implanta su dominación'". C. Castillo, "La guerrilla", *La Verdad Obrera*, N° 182, 09/03/06.

hasta nuestros días. De ahí que la condena a una violencia genéricamente construida por abstracción de todas sus determinaciones concretas, sea la prueba más evidente de conformidad reaccionaria con el *statu quo*, que siempre se sostiene a través de formas tanto sutiles como desembozadas de violencia. A esa conformidad, del Barco le agrega el tono metafísico necesario para pasar como un pensador profundo delante de sus lamentables amigos. ¡Nada mejor para un intelectual que ser reconocido por sus pares!

El que presenta la discusión en un terreno más político es Héctor Schmucler, quien sostiene que no tiene sentido discutir los medios sin discutir los fines y por lo tanto es necesario abandonar toda idea de revolución, que es la que contiene en potencia el autoritarismo, el stalinismo y el asesinato en masa:

“Por condenable que sea, insisto, no es sólo la multiplicación de la muerte lo que empaña la acción revolucionaria; no es el costo en vidas lo que hace titubear la idea de revolución, en cuyo nombre se actúa, cuya búsqueda justifica todos los caminos y cuya presencia impregna de verdad los actos de quienes actúan en su nombre. Es duro el desafío para quienes sabemos que el ciclo de nuestras existencias ya puede sentir su final, pero si no nos atrevemos a poner en duda la *idea* de revolución el espíritu confundido de nuestra época terminará de morir en un extenso gemido. Y se entiende que no se trata solamente de los caminos a seguir para alcanzarla. La bienvenida discusión sobre la lucha armada corre el riesgo de llevar a la creencia (como ocurre en la ciencia) de que hay métodos independientes de los fines. Como en la ficción de Dostoievski, cuando la revolución ocupa el lugar de Dios, los hombres (que son quienes piensan la revolución) se encuentran habilitados a actuar como dioses, la ‘razón revolucionaria’ se autojustifica, no hay otra libertad que la que se deriva del reconocimiento de la ‘necesidad’ revolucionaria”.

Lo más curioso de todo esto es que Schmucler presenta el cuestionamiento de la idea de revolución como una novedad (¡no se ría el lector!), cuando en realidad no hace más que acompañar la ofensiva reaccionaria posterior a la derrota y desvío de los procesos de los ‘70, que llegó no sólo a renegar de las revoluciones del siglo XX sino hasta de la mismísima Revolución Francesa, acompañando el sentido común formado por el neoliberalismo, repudiado en la actualidad por amplias masas. Aquí Schmucler, al igual que su amigo del Barco, demuestra su carácter abiertamente reaccionario. Este debate que lleva más de un año es significativo, porque muestra que la mayor parte de la intelectualidad argentina proveniente de las experiencias de los ‘60 y ‘70, traza una imagen en la que toda idea de revolución es asimilada con el engendro stalinista o con proyectos crecidos a la vera de éste. Aquellos que supieron venerar a los monstruosos “aparatos” moldeados por el stalinismo y el nacionalismo burgués, pretenden hoy presentar su lamentable trayectoria como un proceso contra el marxismo y la revolución social, para esconder debajo de la alfombra del espíritu de época la mugre de su propia decadencia intelectual.

Revolución = Crimen. En esta fórmula reside toda la metafísica de la conversión de del Barco, Schmucler y otros lamentables individuos, empeñados en hacer su aporte local al “libro negro del comunismo” y en despolitizar completamente todo debate relativo tanto a los años ‘70 como al rol de la violencia política. Paraphraseando a Schmucler, cuando la democracia burguesa toma en la mente de los hombres el lugar de Dios se transforma a los años ‘70 en la “época de la máxima pecaminosidad” (apuntamos aquí una posible contribución de Fichte y el joven Lukács al devaneo teológico de del Barco). Discursos del pasado, que le dicen.

III. EL CUARTO RELATO: UNA VISION MARXISTA DE LOS '70 Y DEL CARACTER DEL GOLPE MILITAR PARA RECREAR LA TRADICION REVOLUCIONARIA EN EL MOVIMIENTO OBRERO

En el N° 4 de *Lucha de Clases*, sosteníamos la necesidad de un “cuarto relato” sobre los ‘70 y el golpe militar¹². Fundamentamos esta afirmación en el hecho de que, frente a los relatos de la derecha reaccionaria y la “democrática” teoría de los dos demonios, el tercer relato, aunque tenía el mérito de reivindicar con toda claridad la militancia revolucionaria de esos años, limitaba esa reivindicación a la militancia en las organizaciones guerrilleras. De esta forma el proceso de radicalización obrera, sus acciones de masas y sus formas de organización eran elementos secundarios respecto de la figura del militante guerrillero como individuo heroico.

En la actualidad, el gobierno de Kirchner ha expropiado segmentos significativos de este “tercer relato” lavándolo de sus aspectos más radicales. De esta forma ha simplificado la discusión, dejando espacio sólo para dos relatos que puedan hacerse hegemónicos. El de una reivindicación hacia atrás de los años setenta, presentándolos como un antecedente de un “país en serio” de la mano del “capitalismo nacional”; y el del marxismo revolucionario, que sostiene la importancia fundamental de la clase obrera y el carácter de clase que tuvo el golpe del ‘76 y lucha porque la clase obrera conquiste su independencia respecto de la patronal y sus partidos para preparar los futuros combates revolucionarios.

El “cuarto relato” da cuenta de la importancia fundamental del proceso de lucha y radicalización de la clase obrera que el imperialismo y la burguesía argentina se dieron como tarea cortar de raíz a través del golpe militar. Una visión que se basa en el análisis de las tendencias profundas del desarrollo de la clase obrera y de los principales elementos que implicaron pasos adelante en el camino de un movimiento obrero revolucionario.

Fue la clase obrera, encabezada por una amplia vanguardia, la que protagonizó los más importantes hechos de masas (el Cordobazo, que hirió de muerte a la dictadura de Onganía, el Rosariazo, el Viborazo y demás “azos”), elaboró formas de organización y posicionamientos que cuestionaron abiertamente a la burocracia sindical peronista y la patronal (como el clasismo cordobés), protagonizó las “rebeliones antiburocráticas” y dio lugar a las Coordinadoras Interfabriles, las cuales, basadas en la democracia directa de los trabajadores, organizaron las huelgas y movilizaciones de masas de junio del ‘75 que dieron por tierra con el ministro Rodrigo y el brujo López Rega, señalando el inicio del enfrentamiento de la clase obrera con el peronismo en el poder. En estas experiencias la clase obrera dio muestras de una alta creatividad histórica, nunca igualada por otro grupo social de la sociedad argentina, recreando elementos de una alianza obrera y popular con el movimiento estudiantil y sectores radicalizados de las capas medias, aunque esa creatividad histórica no haya logrado expresarse en la constitución de un partido revolucionario con una estrategia de poder obrero.

La puesta en relieve del rol de la clase obrera debe ir acompañada de una denuncia sistemática del rol reaccionario de la burocracia sindical, que jugó un papel fundamental en la organización de las bandas fascistas de la Triple A y colaboró activamente en la persecución y desaparición de los mejores activistas obreros antes y después del golpe.

¹² Christian Castillo, “Elementos para un ‘cuarto relato’ sobre el proceso revolucionario de los setenta y la dictadura militar”, *Lucha de Clases* N° 4, Bs. As., noviembre de 2004.

Este ascenso obrero dejó planteada con crudeza la necesidad de un partido revolucionario que, desarrollando las instancias de auto-organización de la clase obrera, pudiera llevarla a la victoria, superando la contradicción no resuelta entre la conciencia histórica anterior (adhesión al peronismo) y la experiencia de radicalización del Cordobazo en adelante, que estaba en abierta contradicción con la política del gobierno peronista.

Desplegar ofensivamente este cuarto relato tiene una doble importancia, hacia el presente como hacia el pasado. Es fundamental tanto para leer el pasado desde el punto de vista de la experiencia de la clase obrera, sus grandes conquistas, sus límites y los de las corrientes que se plantearon un anclaje en la clase obrera frente a las corrientes guerrilleras, como para comprender el presente, caracterizado por la falta de continuidad con la experiencia que la dictadura vino a cortar de raíz, en el cual está planteada la lucha por desarrollar la independencia del movimiento obrero respecto del gobierno y la burocracia sindical para constituir al proletariado en agente del cambio revolucionario. Para ambas cuestiones es necesario el balance y la discusión de las estrategias de las corrientes que actuaron en ese proceso, que fue parte de un ascenso generalizado de la clase obrera a nivel internacional y dejó lecciones insustituibles para luchar por la construcción de un partido revolucionario de la clase obrera en la actualidad.

Antonio Gramsci escribió que debemos conservar del pasado aquello que hemos contribuido a poner en pie. Esto se aplica con toda justeza a las experiencias de la clase obrera en los '70. El conocimiento profundo de aquella década y sus lecciones es una tarea urgente de las nuevas generaciones obreras que hacen sus primeras armas en la lucha de clases contra el "capitalismo nacional" para recuperar la continuidad histórica que la burguesía cortó de cuajo con el golpe del '76 hace 30 años. La lucha por retomar esas tradiciones de la clase obrera es tarea primordial de los marxistas revolucionarios para preparar teórica, política y organizativamente los combates de clase por venir. La contradicción profunda entre el "setentismo" discursivo del gobierno y su política de garantizar los negocios de los mismos empresarios que promovieron el golpe del '76, apelando incluso a la represión si es necesario, será un aspecto no menor para acelerar el proceso de recomposición de la clase obrera. Y las lecciones de esos años son fundamentales a la hora de definir una estrategia revolucionaria para la clase obrera que, en la actualidad, empieza a dar un proceso lento pero sostenido de recuperación de sus fuerzas.

Abril de 2006